

fueron después muy veneradas y sirvieron de lujoso ornamento al altar de la Virgen.

¿De dónde procedía aquella imagen? ¿Quién la ocultó en el roble? ¿Cuánto tiempo estuvo en él ignorada? ¿Cuándo se verificó el feliz descubrimiento? Difícil es contestar á estas preguntas, que se ocurrirán á cualquiera. Parece probable la versión más corriente: supónese que un devoto de la santa efigie, á quien la tradición designa con el nombre de Arturo, huyó con ella y la escondió en el roble. En la época en que esto sucediera no concuerdan los historiadores; pero todos convienen en que debió de ocurrir por causa de algún acontecimiento que tomara carácter de persecución religiosa, como la irrupción de los Bárbaros, ó el furor arriano de los visigodos, ó la invasión sarracena. Tampoco se hallan conformes en señalar la época del descubrimiento: pónenla unos durante el imperio visigodo, y otros en el comienzo de la reconquista; lo más verosímil, á juicio del docto escritor de quien hemos tomado las noticias que van consignadas, es que la ocultación se verificara bajo la invasión sarracena, catástrofe general que obligó á los cristianos á abandonar hogares y haciendas, y á los prelados, monjes y guerreros á refugiarse en las asperezas de los montes, llevándo consigo imágenes, vasos sagrados y reliquias, que ocultaban en los bosques, riscos, grutas, quiebras de las peñas y oquedades de los árboles, hasta que tiempos mejores viniesen á descubrirlas y restituirles la veneración. Próximamente veremos si hay algo que oponer á esta conjetura.—Respecto de la época del descubrimiento, el mismo historiador lo refiere á los primeros tiempos de la reconquista, «cuando D. Ordoño I tomó y arrasó hasta sus cimientos la importante plaza de Albelda, la de las blancas casas, edificada por Muza *el renegado*; cuando Alfonso III *el Grande* conquistó á Ibrillos y estrechó el poder árabe hasta Nájera; cuando los castillos de Pancorvo y Cellorigo resistieron y rechazaron por dos veces las fieras acometidas de los califas, obligándoles á abandonar para siempre gran parte de la Rioja,

Alava y Bureba, ó cuando Sancho *Abarca*, su hijo García y Ordoño II, dejando su refugio de los montes, se arrojaron precipitadamente y de común acuerdo sobre los llanos del Ebro, recobraron á Nájera, Viguera, Calahorra y otras plazas hasta Tudela, y limpiaron de enemigos el país. Entonces (añade) aparecen las imágenes de *Allende, Toloño, Davalillo, los Parrales, Nájera* y otras muchas.»—Pero á falta de datos seguros, y no pudiendo tampoco examinar por nosotros mismos la sagrada imagen para conjeturar por el estilo de su escultura la época en que pudo ser labrada, veamos si la misma descripción de nuestro guía en Valvanera nos suministra alguna luz deducida de su indumentaria. «La imagen de la Virgen está sentada en un trono formado por cuatro águilas. Vistenla con ricas telas de seda, guarnecidas de oro, plata y piedras valiosas; costumbre que cuenta algunos siglos, quizá desde el xvi, en que se introdujo la de cubrir las imágenes, con harto dolor de los entendidos, si bien con ello se dió algún desahogo á la devoción. Ciñe á sus sienes imperial corona, y un ajustado rostrillo, ó toca de pedrería, apenas deja ver en ella lo principal de su hermosa cara. Desprovista antiguamente de postizas galas y telas, descubría los detalles todos de su primorosa escultura. Vese en ésta, primeramente, una túnica que parte de los hombros y llega hasta casi los pies, cuyas puntas quedan al descubierto. Debajo de la túnica se encuentra un vestido interior que descansa en la peana de la imagen. *La túnica tiene mangas muy anchas, y le cuelgan tanto que alcanzan lo largo de la misma. Lleva exteriormente un manto, que aprisiona su esbelto cuello con un broche en forma de rosa. Numerosos botones (que tales parecen) tallados en la madera, recorren los bordes del manto, túnica y mangas, y sirven de vistoso adorno, á semejanza de engastadas piedras.*»—En estos pocos renglones nos ha venido á declarar el concienzudo escritor la procedencia bizantina de la efigie. Esos *que parecen botones* y que orlan la túnica y el manto de Nuestra Señora, no son para nosotros botones, sino gemas ó piedras preciosas, que,

según la gala del Imperio de Oriente, enriquecían las vestiduras de los Emperadores y de los personajes palatinos, y que para honrar á los personajes del antiguo y nuevo Testamento aplicó la piedad de los artistas cristianos á las vestiduras de los mismos y de sus santos, tomando esta práctica de los neo-griegos. Falta sólo saber si la imagen es debida á escultor bizantino, de los que probablemente vendrían á España bajo el dominio de los imperiales, cuando estos se arraigaban en nuestras costas de levante á despecho de los monarcas visigodos que á ellos los habían traído, ó si puede ser obra venida del Bajo-Imperio á nuestra península en el undécimo siglo, en cualquiera de las ocasiones en que esto pudo entonces verificarse, dado el activo comercio que entre Europa y aquellas regiones mantenían los venecianos y otros pueblos; y para resolver esta cuestión, también la indumentaria parece suministrarnos algún dato. En efecto, esas *mangas anchas que cuelgan tanto que alcanzan lo largo de la túnica* no son de túnica bizantina del tiempo de Justiniano, tiempo en que los imperiales señoreaban nuestras costas de levante, sino de túnica regia del siglo XI, como la vemos esmeradamente figurada en el famoso *Códice aureo* del Escorial en la persona de la reina Inés.—Pudo, pues, la efigie de Nuestra Señora de Valvanera ser labrada en este siglo, venir á la Rioja con los monjes de Cluni, y originarse entonces, mediante algún *piadoso fraude* de los que tan comunes eran en aquel siglo, la popular creencia de haberse aparecido en lo más fragoso del monte Derrecio á los dos santos anacoretas arriba mencionados.

El hecho de no citarse donaciones auténticas á su santuario anteriores á los reyes D. Sancho el *noble* de Navarra y D. Alfonso VI de Castilla, viene en cierto modo á confirmar nuestra conjetura. Bien valdría la pena de que los respetables benedictinos de Valvanera, unidos á los PP. Agustinos de San Millán y al docto P. Minguella, que tan generosamente se afana por restaurar en estos santos valles de la Rioja los renombrados

altares que un tiempo los ilustraron, se dedicasen á purgar de fábulas y patrañas la historia de estos cultos, que para ser venerandos, y provechosos y recomendables, no han menester de inverosímiles invenciones.